

CAPÍTULO VI

PALOS DE LA FRONTERA.

¡ALOS! He aquí un nombre capaz por sí sólo de llenar de orgullo á todo buen español; un nombre que debiera exaltar nuestro patriotismo como se exalta la fibra de toda persona sensible al escuchar las notas musicales de un instrumento pulsado con maestría, ó el cantar característico del país natal, con cuyas armoniosas cadencias arrulló nuestra infancia una madre tierna y cariñosa.

Pero á Palos le ha faltado un panegirista de sus glorias; Palos ha tenido la desgracia de ser puerto español; que á haber pertenecido á alguna otra de las naciones europeas, lejos del aniquilamiento y miseria en que hoy se en-

CAPÍTULO VI

PALOS DE LA FRONTERA.

¡ALOS! He aquí un nombre capaz por sí sólo de llenar de orgullo á todo buen español; un nombre que debiera exaltar nuestro patriotismo como se exalta la fibra de toda persona sensible al escuchar las notas musicales de un instrumento pulsado con maestría, ó el cantar característico del país natal, con cuyas armoniosas cadencias arrulló nuestra infancia una madre tierna y cariñosa.

Pero á Palos le ha faltado un panegirista de sus glorias; Palos ha tenido la desgracia de ser puerto español; que, á haber pertenecido á alguna otra de las naciones europeas, lejos del aniquilamiento y miseria en que hoy se en-

cuentra, como si expiara un crimen, indudablemente sería muy honrado y atendido. En prueba de lo que decimos, nosotros sabemos de un vecino de Palos que, encontrándose en una ciudad de Francia en ocasión en que ciertos curiosos se entretenían en examinar una fotografía de aquella villa, lisonjeado por las alabanzas que tributaban á sus paisanos, no pudo menos de exclamar: ¡Yo soy de Palos!; y al punto, como tocados aquellos hombres por un secreto resorte, volviéronse todos hacia él, mostrando en sus semblantes el asombro que les producía su vista, ni más ni menos que si tuvieran delante de sí á un hombre de raza superior á la suya.

Palos; ese pueblo de donde salieron los protagonistas que llevaron á cabo la epopeya más grande que registran las historias; ese pueblo, decimos, vive languideciendo, cual si estuviera condenado á morir de asfixia, sin poder apenas respirar dentro de la estrecha atmósfera en que nuestro olvido le tiene encerrado. Si; lo diremos muy alto para que lo entiendan todos: como si Palos no perteneciera á España, se le

hace continuar en un total desamparo, privado enteramente de toda suerte de comunicaciones. Una sola carretera que debiera ponerle en contacto con la inmediata ciudad de Moguer, hace ya muchos años que tiene los trabajos completamente paralizados. Y no se vaya á creer que faltan leguas y más leguas por explotar; medio kilómetro escaso, á la entrada del pueblo, es lo único que hoy resta para ultimarla.

¿Y el camino que conduce desde Palos á la Rábida? ¡Ah! Completamente abandonado, ya se deja adivinar; cuando tan fácil sería el hacerlo viable y hasta cómodo para el tránsito de los carruajes. Para esto bastaría suavizar el declive de la salida del pueblo; levantar más abajo una tercia por un breve trayecto el nivel del terreno, á fin de evitar los baches y cenagales que allí se eternizan, y, finalmente, salvar la escabrosidad de una cuesta.

Pues, ¿y el puerto? ¿Qué diremos del antiguo y renombrado puerto de Palos? ¿Qué hemos de decir? Que no ha quedado en él ni la menor huella de lo que fué. Como si abiertas las anchurosas

fauces del abismo lo hubiera éste sepultado en sus entrañas; como si alguna revolución geológica hubiéralo de alto abajo aniquilado todo, así se presenta hoy á la vista del viajero aquel lugar de exterminio. Y en un Congreso español, donde tantos clamores se alzan diariamente para pedir cosas enteramente fútiles y que maldita la falta que nos hacen, ¿no ha de haber una sola voz que clame por lo que á voz de pregón demanda la historia, y que aun la dignidad de la nación y la justicia misma en favor de Palos exigen?

Temiendo estamos que ya á llegar el 3 de Agosto y 12 de Octubre de 1892, fechas ambas memorables, por conmemorarse respectivamente en ellas el cuarto centenario de la partida de Palos de la escuadrilla descubridora y de su arribo á las costas del Nuevo Mundo, y, sin embargo, aquella desdichada villa continuará, si Dios no lo remedia, en el mismo lamentable estado. Muchos, especialmente extranjeros, han de querer visitarla, y no lograrán proporcionarse un mal vehículo que allí los conduzca; ni, una vez puestos en ella, ha-

llarán siquiera una miserable hostería ó mesón, ni tienda alguna donde poder comprar lo más necesario á la vida humana. En cuanto á viandas, si quere- mos fijarnos, como es consiguiente, en el artículo de la carne, al punto se nos viene al pensamiento este refrán: «Vaca y carnero, olla de caballero»; lo cual no reza con los vecinos de Palos, que siendo todos pobres pescadores y labriegos, para ellos la vaca está vacante en todo tiempo: huelga la vaca en Palos.

Bien pueden los visitantes de aquella villa hacer arrumacos á la ternera y otras cualesquiera carnes delicadas; de seguro que se han de quedar con la dentera. Gracias que logren hacer plato con algunos trozos de ganado cabrío, única res de pelo (de lana no hay que hablar) que en aquellas latitudes se destina al matadero. Dos veces hemos pernoctado en Palos, y, por suerte, bien podemos decirlo así, por suerte, después de muchas idas y venidas, pudimos combinar que se nos aderezara la comida en una casa, yéndonos á dormir en otra.

Tiene el Gobierno, no se lo negamos,

la mar de proyectos sobre el centenario ya inminente de Colón; pero por más que su órgano oficioso *La Correspondencia* se empeñe uno y otro día en querer persuadirnos que todos ellos, sin exceptuar uno solo, llegarán á perfecta sazón, nosotros, que estamos ya ahitos de palabras, cuando no las vemos autorizadas por los subsiguientes hechos, francamente, no podemos convencernos de ello. En justificación de este nuestro pesimismo, diremos, en primer lugar, que, tratándose de conmemorar dignamente un suceso de tan grande importancia que no hay otro alguno puramente humano que se le pueda comparar, la iniciativa del centenario vino ya, desde luego, algo tardía.

Y sobre ser de suyo tardía, se la ha hecho trasnochada, dejando pasar tres años mortales sin que hayamos visto ningún resultado práctico. Verdad es que, si es cierto lo que se dice, hanse estudiado con más ó menos aplicación y acierto algunos proyectos relativos á la reparación y mejora de los caminos (léase vericuetos) que conducen al puerto de Palos; recomposición y arre-

glo del embarcadero del mismo; erección de una columna ó pirámide del mayor tamaño posible, emplazada en el sitio en que se embarcó Colón; obras de embellecimiento de los alrededores de dicha villa; comunicaciones cómodas con la Rábida; restauración completa de este convento; sustitución de su actual embarcadero de madera por otro de piedra; suavizar el acceso al convento salvando la aspereza de su cuesta; plantación de árboles, cercar la huerta, etc., etc.; pero la verdad es que, hasta la hora presente, nada se ha hecho.

Con todo, en honor de la verdad, hemos de hacer aquí mención de una circunstancia que, por su índole especial, no puede menos de confortar la laxitud de nuestro espíritu, y entreabrir el seno á la esperanza. Decimos esto, por el acertado paso que acaba de dar el Gobierno, nombrando al insigne americanista D. Justo Zaragoza para que pase á Palos y la Rábida, y estudiando las cuestiones, no en el mapa, sino sobre el terreno mismo, formule luego un plan general de obras.

Perfectísimamente; venga pronto ese plan, y al grano, ó sea á dar inmediato comienzo á lo que haya de hacerse: pasó ya el tiempo de hablar; manos á la obra. Convénzanse todos de una vez, que en este particular toda dilación nos compromete y pone al borde del precipicio.

Es preciso no olvidar que el Centenario de Colón puede traer consecuencias, herir nuestro amor patrio, y hasta ponernos en berlina. La expectación de las naciones es inmensa; los extranjeros, mucho más que los nacionales, han de mostrarse rígidos, si no desapiadados censores de nuestro Gobierno. Y gracias que no nos escarnezcan ó insulten de palabra, por escrito y en caricatura, si llega á suceder que en la Rábida y en Palos no registren sus ojos aquellas exhibiciones que, siendo propias de un pueblo digno de su historia, pueden por consiguiente exigirse de España.

Á la Rábida y á Palos irán sin duda alguna muchos sabios y curiosos de América, de Europa, y de donde se les antoje; ya que nosotros los hemos invitado, ¡ah!, que no vayamos á darles

pretexto alguno para que nos desuellen con sus invectivas, para que nos humillen y deshonren, apodándonos Quijotes obscurantistas, ó lo que les venga en mientes, como más de una vez lo hicieron, por la natural tendencia que los extranjeros tienen á mirar con desdén nuestras cosas.

Mas no; en la presente ocasión esperamos que esto no sucederá. Por fortuna, tenemos al frente del Congreso internacional de Americanistas al Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, actual presidente del Consejo de ministros, de cuya iniciativa nos prometemos mucho. Á nadie culpamos por el fracaso del tiempo perdido, toda vez que desconocemos las causas que pudieron haber influido en la paralización de los preliminares del Centenario; pero no podemos ocultar que más ha adelantado en el asunto, ¡oh, muchísimo más!, el referido Sr. Cánovas del Castillo en los dos meses que en el corriente de Febrero de 1891 lleva de presidir el Congreso de Americanistas, que todo cuanto hubieron de hacer en los tres años últimos aquellos que le precedieron.

¿Qué más? Algo y aun mucho podríamos añadir, pues parece que el cielo protege el Centenario. Casualmente en este mismo momento acabamos de dar una ojeada á los diarios de la mañana, y en ellos leemos con la mayor satisfacción, poco más ó menos, lo que sigue: «Mañana, día 8 de Febrero del presente año de 1891, en el tren correo de Andalucía, saldrá para Huelva don Santos Isasa, ministro de Fomento, acompañado del director general de Obras públicas, D. Mariano Catalina; del de Agricultura, señor marqués de Aguilar; del ingeniero Sr. Sanz, jefe del negociado de puertos, y del arquitecto Sr. Velázquez.» «Este viaje, continúan los periódicos, está relacionado con la completa restauración del célebre convento de la Rábida, donde ha de reunirse el Congreso de Americanistas para solemnizar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo; el embellecimiento de los alrededores de dicho edificio, la construcción de un embarcadero en Palos, punto de donde partieron las tres famosas carabelas, y la designación del sitio donde ha de eri-

girse el monumento que perpetúe la gloria de Colón.»

Dos días después, y á punto de mandar estas cuartillas á la imprenta, se nos dice que igualmente habia salido para Huelva y la Rábida el Sr. Fabié, ministro de Ultramar. ¡Hola! Cuando estos señores se ponen en movimiento con todo el séquito de directores generales de Obras públicas y de Agricultura, de ingenieros, arquitectos y demás, fuerza es confesar que la cosa va de veras.

Y volviendo á la historia: este nombre de Palos, según algunos, viene de la voz latina *Palus paludis*, que significa laguna ó pantano. Cuando Cristóbal Colón llegó por primera vez á aquella villa, contábanse en ella 1,900 vecinos; hoy apenas llegan á 500. Pero por más que nuestra ingratitud se empeñe en olvidarlo, siempre será Palos un pueblo célebre en los fastos del universo; siempre será considerado como la cuna de aquellos argonautas, que, á través de no surcados mares y de fabulosos peligros y trabajos, llegaron á descubrir la otra mitad de nuestro planeta.